



Después de Obama

En mucho, la imagen de país violento, el cuento del Estado fallido, tiene que ver con un vacío creado por un gobierno mexicano que no contó en Estados Unidos su cuento de la lucha contra el *narco*, no lo explicó. El vacío se llenó con una explicación de otros



Sin representación. Abril de 2009

La visita de Barack Obama dejó buenas sensaciones entre gobierno, empresarios y analistas. El presidente de Estados Unidos dijo todo lo que el gobierno mexicano quería que dijera, hubo muchos abrazos, palmaditas, abrazos.

Cuentan los que ahí estuvieron que se alcanzaron a discutir algunos asuntos substantivos respecto a acciones en la frontera y en la lucha contra el crimen organizado. Hubo *glamour*, buenos discursos... Todo bien.

Como suele suceder con estas cosas, el impacto de la visita en México no tuvo nada que ver con el impacto que tuvo en Estados Unidos. Y en esta ocasión no parece haber colaborado mucho a uno de los problemas reales

que enfrenta hoy el gobierno mexicano frente a Estados Unidos: su problema de imagen.

Las historias se multiplican, una escuela sugiere a sus alumnos cambiar el destino de su viaje de fin de cursos de Cancún a una isla caribeña. Las aseguradoras suben las primas para empleados de transnacionales que viajan o viven en México, las advertencias sobre supuestos peligros mexicanos se multiplican en sitios web y agencias de viaje.

Para quienes vivimos en México resulta, por supuesto, absurdo. La violencia y el peligro cotidiano, salvo algunos puntos claramente localizados, no ha variado demasiado en los últimos tres años, ninguna estadística señala, todavía, un aumento dramático

en delitos del fuero común. Estamos jodidos, pero igual que lo estábamos hace tres años.

Cuéntenle eso a los americanos. No lo creerán. La narrativa del México violento se ha instalado en la opinión pública. Ahora súmele las fotos de este fin de semana de una capital inundada de tapabocas.

En el gobierno se alistan a contratar a una empresa que les ayude a mejorar la imagen, pero de poco servirá gastar dinero si no hay, en México, en Los Pinos y en la cancillería, la voluntad de cambiar la estrategia de comunicación hacia el país vecino.

El problema tiene historia. Sus orígenes están en la última parte del sexenio de Vicente Fox, cuando por



| | | |
|----------------------------|-----------------------------|--------------------|
| Fecha 25.04.2009 | Sección Al frente | Página 3 |
|----------------------------|-----------------------------|--------------------|

una petición directa del presidente Bush, el canciller Derbez dio órdenes a todos sus cónsules en Estados Unidos de hacer mutis. El argumento era que, supuestamente, cualquier activismo del gobierno mexicano estorbaba el esfuerzo de la Casa Blanca de que se aprobara una reforma migratoria integral.

El silencio se prolongó al sexenio del presidente Calderón. Ya hemos dado cuenta aquí del inusitado desinterés del Presidente respecto a todo lo que fuera Estados Unidos en los primeros dos años de su mandato.

En mucho, la imagen de país violento, el cuento del Estado fallido, tiene que ver con un vacío creado por un gobierno mexicano que no contó en Estados Unidos su cuento de la lucha contra el narcó; no lo explicó.

El vacío se llenó con una explicación de otros.

En los últimos años es notable el pasmo de los cónsules. Basta preguntar en centros académicos, universidades, periódicos locales, para escuchar las historias de ausencia de alguien que represente que cuente la versión mexicana.

El vacío que en los medios americanos se ha llenado con historias tremendistas, se ha llenado con enojo en las comunidades de migrantes.

Los paisanos se sienten un tanto abandonados.

Prueba de ello fue lo que sucedió

esta semana durante la reunión del Consejo Consultivo del Instituto de los Mexicanos en el Exterior. El Consejo lo forman un grupo de migrantes que,

elegidos por las comunidades en cada una de las demarcaciones consulares, funcionan como un grupo de presión para el cónsul. En reuniones periódicas a las que debe asistir el cónsul, se exponen quejas y necesidades. Dos veces al año, unos cien vienen a México a seminarios de dos o tres días organizados en la cancillería.

En esta ocasión, los Consejeros se acababan de renovar, para muchos era su primera vez en el evento que tradicionalmente incluía una visita a Los Pinos a ver el Presidente.

Entre crisis económica en Estados Unidos, silencio del gobierno mexicano y endurecimiento de la política migratoria, los consejeros no se andaban para bromas; Presidencia y cancillería no encontraron lugar en la agenda para los paisanos y se armó.

El miércoles en la noche, los consejeros repartieron una carta a los medios que se quejaba de la agenda y terminaba: "Por último, no podemos dejar de externar la inconformidad que esta nueva generación de consejeros comparte, entre otras cosas, por la ausencia de actividades con el Presidente de la República, con los secretarios que conforman el Consejo Nacional Para las Comunidades Mexicanas en el

Exterior, con la Conferencia Nacional de Gobernadores, y con la Coordinación Nacional de Oficinas Estatales de Atención a Migrantes".

Reacomodada la agenda al gusto de los consejeros —sin visita a Los Pinos— el jueves le tocó a Miguel Székely, subsecretario de Educación. Estaba dando una exposición sobre atención educativa al migrante y a la hora de las preguntas no respondió porque tuvo que tomar una llamada del secretario sobre la emergencia sanitaria. Varios de los consejeros molestos lo fueron a perseguir al pasillo y lo regresaron a la sala ente abucheos de la mitad y aplausos de la otra mitad. ■ M

masalla@gmail.com

La narrativa del México violento se ha instalado en la opinión pública. Ahora súmele las fotos de este fin de semana de una capital inundada de tapabocas